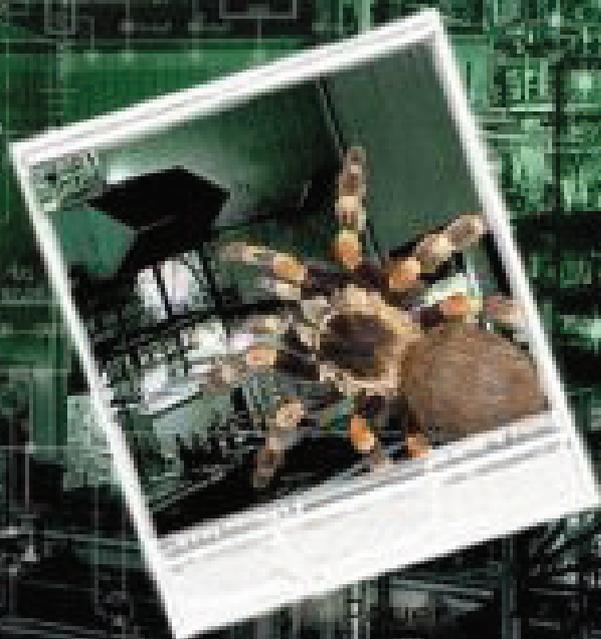
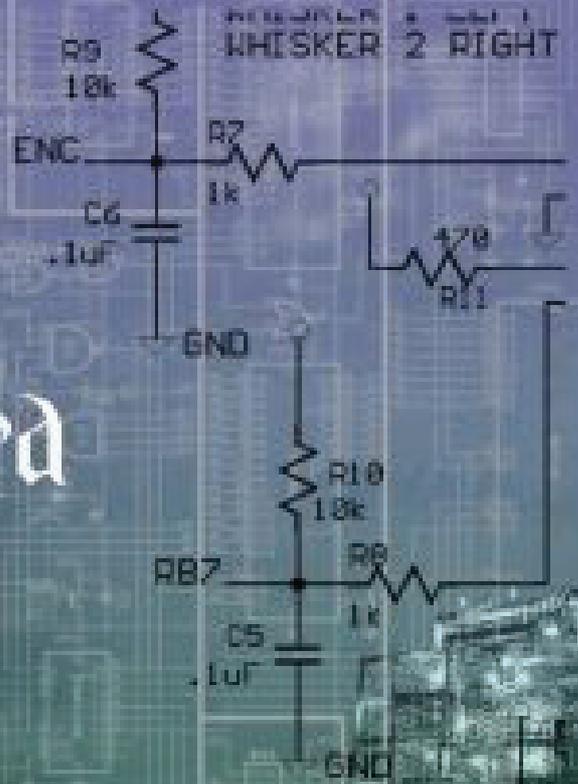


Mundo Fabbrica



GND

Pergaminos del concilio: MundoFábrica

Primera edición: junio 2013

Código: 9785400038635050011

Ilustración de portada e interiores: Beleita

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Laura Luna Sánchez

Prólogo (cortesía de Nocte): Elías Fosco

Autores: José Ignacio Becerril Polo, Pedro Escudero Zumel, Santiago Eximeno, Juan Ángel Laguna Edroso, Laura Luna Sánchez, Alejandro Muñoz y Miguel Puente Molins

Colabora: Asociación Concilio de Olid

Patrocina: Ayuntamiento de Valladolid

Edición: Saco de Huesos Ediciones

Paseo Fernando el Católico, 59 ED 5A

50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Prólogo: Soledad, pecados y un mundo que es una fábrica

Escribir es soledad. O eso dicen. Yo, que nunca me he creído lo que dicen otros, me resisto a confiar en las verdades absolutas, y menos aún en aquellas en las que todos mis poros me dicen que son falsas. Porque vamos a ver... ¿Cómo va ser solitaria una actividad en la que tienes la cabeza llena de tantas voces? ¿Cómo? ¿Qué tú escribes y no te sucede? ¿Seguro? Presta atención, escucha, escucha... ¿A que ya oyes las voces? Esas, las de los personajes que pasan de tus dedos a las páginas ¡Si ya lo decía yo!

Y eso es sólo el comienzo. En un mundo interconectado escribir sólo ya no es lo que era (si es que algún día lo fue). Por mi parte, acostumbrado a las voces en mi cabeza, agradezco que las voces vengan de fuera, por variar un poco. Quizá por eso surgió la idea de escribir una antología a muchas voces, de configurar un mundo en el que cada cual contara su parcela y mirara la de al lado como si fuera propia. Porque eso es Mundofábrica un escenario en el que cada uno de

los autores hemos metido mano, hecho, deshecho y opinado hasta darle su forma final. Después lo llenamos de historias.

Desde luego, apreciado lector, las historias son lo que te trae aquí, no los desvaríos de un aporrea teclas intentando que una escritura colectiva tenga sentido y no se convierta en un cadáver exquisito (con todos mis respetos a tan ilustres muertos). A eso vamos a los relatos, convertidos en una exposición de los siete pecados capitales “¿Pero sólo eso?”, me dirás. No, no, ni mucho menos. Los pecados no solo configuran el escenario, no intentan ser moralizantes (salvo cuando lo son), ni son una mera reinterpretación de lo clásicos, si no que son nuestras voces en el papel, las nuestras y las de nuestras cabezas. Sin duda por eso escribir es tan divertido. ¿Qué? ¿Ya las escuchas? Pues pasa, pasa a Mundofábrica y disfruta... si puedes.

Pedro Escudero Zumel

Preludio: Arañas que se descuelgan

Son finas, grises y sedosas las hebras con las que las arañas del Mundofábrica tejen su existencia en una espiral descendente. Son los hilos de Ariadna que permiten guiarse por el laberinto infinito de estancias, corredores y antesalas en las que se divide el universo generador. Parten de la cúspide, del nido de sueños en que las tuberías descargan su hastío, y flotan como buzos imposibles hasta los niveles inferiores en los que otras tuberías succionan nutrientes para la maquinaria. En cierto modo, son las propias arañas las que deciden qué está arriba y qué está abajo, porque sólo ellas conocen todos los rincones del Orbe. Sólo así palabras como desagüe o chimenea adquieren sentido.

No son las elegidas, ni una casta privilegiada, sino las más ladinas de las criaturas del Mundofábrica. Ellas no trabajan. Ellas son las únicas que no trabajan. Sólo su ingenio les permite evitar hacerlo.

Sus cabecitas de brillantes topacios albergan grandes dosis de febril pereza. Maquinan la ruta perfecta para caer hacia las simas encadenando la corriente correcta de tela de araña. Leen en los muros, en el orín de los metales, en el óxido de las piedras, en los suspiros de los habitantes, en los murmullos del viento enjaulado, en las señales de sus propias hermanas, en los sueños náufragos que vagan sin rumbo... y confeccionan su destino centímetro a centímetro.

El corazón del universo, sobre el que se acomoda el Mundofábrica como un gato mimoso y dormilón, tira suavemente de sus cuerpos hinchados y de sus patitas perezosas con infinita delicadeza, y ellas se limitan a deslizarse por las corrientes invisibles apostando por la trayectoria que nunca nadie cruzará al tiempo que se alimentan de despojos olvidados; apenas con un poco de polvo tienen su ambrosía, sea esto fortuna o desdicha.

Sus mandíbulas lo mascan con inquietud, ojeando las trazas de suelos y paredes por si la sombra de Átropo se crece a sus espaldas. ¿Cómo disfrutar su sabor con tal amenaza orbitando sobre sus inquietas cabecillas? Un leve error de cálculo, el visitante indeseado surca un pasillo que debió caer

en el olvido y el hilo se corta: la araña cae al abismo de la muerte y sus huevos se pierden como escoria.

Sí, aunque vaga, la araña vive al límite, pues necesita llegar a una profundidad concreta para que sus hilos puedan catapultar la vida de nuevo a los cielos erizados de chimeneas antes de que el Hado se cruce (y enrede) en su camino. Y cuanto más largo es éste, más fácil es que se llegue al fatídico desenlace.

Triste la vida del arácnido de Mundofábrica, que sólo cuenta con su peso para existir a la caza del polvo y de la energía que encierra la distancia. Triste y fascinante, piensa el anciano jugueteando con sus largas uñas negras en torno al hilo de seda. Dicen que pocos llegan a ver una tela de araña en su vida... Hay quien los considera monstruos quiméricos.

Tras una pausa dramática, se vuelve hacia su visitante con estudiada calma, y lee en sus ojos que el joven no ha reparado en su hallazgo.

Sonríe.

—Vamos, chico —le conmina tomándole del hombro con su mano sarmentosa—, tenemos una larga visita por delante, y mis piernas suelen cansarse antes del crepúsculo.

El muchacho se deja guiar, quizás con cierta desgana.

–¿Sabes lo que es el crepúsculo? –le inquiere el anciano, zumbón, internándose en un angosto pasaje fundido en carbón.

Juan Ángel Laguna Edroso